

**EL ORDEN NECESARIO. CIEN AÑOS (LARGOS)
DE LETRAS ARAGONESAS, EN RIGUROSO PADRÓN**

Javier BARREIRO, *Diccionario de autores aragoneses contemporáneos (1885-2005)*, coord. de Francisco Ruiz Pérez, Zaragoza, DPZ, 2010, 1166 páginas.

José Ángel SÁNCHEZ IBÁÑEZ*
Universidad de Zaragoza

La erudición en materia biobibliográfica que Javier Barreiro ha mostrado en tantas otras ocasiones (baste ver su libro *Cruces de bohemia*, Zaragoza, Unaluna, 2001, documentada visita a unos cuantos escritores que, por los primeros tramos del siglo XX español, siguieron trayectorias extravagantes, ásperas y poco conocidas) es sello distintivo de este monumental *Diccionario*, que nace destinado a convertirse en volumen de consulta inexcusable, y en cuya elaboración debe destacarse asimismo la meticulosa tarea de coordinación que ha llevado a cabo Francisco Ruiz Pérez.

Un libro como el que hoy reseñamos merece, por encima de otras consideraciones, ser saludado con alborozo. Y ello al margen de las ligeras máculas que pueda presentar, que a buen seguro las tendrá, como es natural en una obra de esta ambición y de estas dimensiones. De hecho, nosotros mismos hemos localizado algunas erratas o leves errores que, de puro nimios, resultaría impertinente consignar aquí. Pues quien se haya enfrentado con la tarea (a menudo ingrata y, dicho sea de paso, poco reconocida) de preparar una biobibliografía, e incluso un mero repertorio bibliográfico, de cierta extensión, conoce de sobras los escollos y dificultades de índole diversa que tal labor, cuando se quiere verdaderamente fiable, comporta. Ante todo, la frustración anunciada de saber que la obra nacerá ya con algún grado de desfase en relación con el plan inicial de sus contenidos, incluso si solo se tiene

* jasaniba@unizar.es

en cuenta el tiempo que forzosamente ha de transcurrir en el proceso de elaboración material del volumen. Bien es cierto que tal hecho debe tomarse con parsimonia: por parte del autor y, desde luego, también de los lectores, quienes, en todo caso, ahora disponen de múltiples vías telemáticas para suplir las urgencias y evacuar las consultas más perentorias. Un trabajo de este cariz, si es riguroso —y este lo es—, supone la aplicación sistemática de filtros que ralentizan la tarea, claro, pero acrisolan los resultados. Y a nuestro entender obraría erradamente quien antepusiera el resuello ansioso de la última hora al quehacer sostenido de búsqueda y verificación, de cotejo entre datos menudos y, con exasperante frecuencia, mal avenidos en las diversas fuentes; de criba y organización, en suma, de una masa informativa muy copiosa que reclama jerarquía para resultar verdaderamente útil y solvente. En ello radica, hoy por hoy, la utilidad máxima de este género de trabajos, que son —y deben ser— cualquier cosa menos ansiedad por el reporte de último minuto: mucho es lo que a estas alturas deberían habernos enseñado la Wikipedia y otros instrumentos asimilables acerca de los riesgos que entraña la obsesión por el *tiempo real*. Un tiempo inconsistente, poco *real* en verdad si, como hoy sucede con pasmosa frecuencia, su fluyente apremio impide que los arrastres de información sedimenten hasta transformarse en conocimiento. En este orden, no parece casual que también los recientes —y muy sugestivos— diálogos entre Umberto Eco y Jean-Claude Carrière (*N'espérez pas vous débarrasser des livres*, París, Grasset, 2009) transiten a menudo por la compleja cuestión del filtraje cultural.

Lo dicho bastará para calibrar la pertinencia, acaso mayor hoy que nunca, de que en libros como el que nos ocupa figure una exposición razonada de criterios. Criterios claramente establecidos, que acoten las intenciones del autor al igual que los alcances precisos del contenido de la obra. Y que, por descontado, orienten al lector. Es más: que no le permitan llamarse a engaño. Con todo ello cumple Javier Barreiro, quien expone con nitidez las pautas que han guiado la elaboración intelectual de esta obra en la «Introducción» (pp. 11-16) que encabeza el volumen. Este *Diccionario* se plantea abiertamente como una prosecución de la magna biobibliografía de Latassa – Gómez Uriel (es decir, la que tradicionalmente se ha conocido como *el Latassa*, sin necesidad de otras precisiones: cf. *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses de Latassa aumentadas y refundidas en forma de diccionario bibliográfico-biográfico por don Miguel Gómez Uriel*, ed. electrónica de Manuel José Pedraza Gracia et álui, Zaragoza, PUZ / IFC, 2001, vol. [i], pp. 3-6), que traía las noticias sobre autores aragoneses, lato sensu, hasta las proximidades de 1885, año que Barreiro toma como punto de arranque, con las excepciones del caso (por ejemplo, la de Eusebio Blasco: pp. 13 y 193-200). Javier Barreiro sortea muy bien algunas otras cuestiones que resultan menos obvias de lo que pudiera suponerse (verbigracia: ¿a quién cabe considerar *autor* a la hora de decidir su inclusión en una obra como esta?), al tiempo que, con buen tino, opta por unos márgenes amplios para el locativo *aragonés* (p. 12). En cuanto a la fecha que cierra el volumen por la parte más aleadaña a nuestros días, gustará más o menos, pero está bien justificada. Pues, como aduce Barreiro (pp. 11-12), 2005 es el año en que comenzó su actividad el Centro del Libro de

Aragón, entidad dependiente del gobierno autónomo cuyo trabajo ha puesto muy a mano el seguimiento de la producción bibliográfica de troquel aragonés (gracias tanto a su actualizado portal web, <http://www.centrodellibrodearagon.es/>, como a su pulcro boletín impreso bianual, *Letras Aragonesas*).

Las entradas del *Diccionario* constan de tres apartados, si hacemos abstracción del encabezamiento (cuya redacción no siempre es tarea fácil, por otra parte: quien lo probó lo sabe). El primero de ellos es una síntesis de corte fundamentalmente biográfico, aunque haya excepciones notables, como las de Ildefonso-Manuel Gil (pp. 455-456) o Miguel Labordeta (pp. 588-590), por citar solo dos ejemplos ilustres en los que la pluma de Barreiro alza un tanto el vuelo crítico e interpretativo. Este apartado se reduce al mínimo en el caso de los escritores vivos. Tal concisión quizás no satisfaga a todos, pero, comoquiera que sea, Javier Barreiro la explica en los preliminares de la obra (p. 14): «desde un primer momento, me pareció ocioso dedicar una ficha [biográfica] a los autores vivos, ya que al estar su vida en tránsito y su obra en construcción, su carácter sería excesivamente provisional. Más, cuando la fecha límite del diccionario llega a 2005 y este aparecería el año 2010. Por otro lado, son las obras y, sobre todo, la bibliografía [secundaria] que hayan deparado, donde hay que buscar la información acerca de dichos autores». Los otros dos apartados son de carácter estrictamente bibliográfico. «Obras» intitula Barreiro el que registra la producción del escritor, siempre impresa («los libros editados por el autor», p. 14). Es de justicia aludir a un par de notas que nos parecen singularmente acertadas: el título de cada obra va acompañado de una breve, y por lo general suficiente, indicación acerca de su género (cf. p. 14); en el caso de las piezas dramáticas, se consignan «los estrenos de los que se haya tenido noticia» (p. 14). Una buena muestra de cómo se combinan todos estos datos puede verse, por ejemplo, a propósito de Alberto Casañal (pp. 266-268) o Gregorio García-Arista (pp. 430-431). Por último, bajo el epígrafe «Bibliografía» ha situado el diligente compilador las fuentes acerca de cada uno de los autores, vale decir, la bibliografía secundaria o pasiva. En este terreno, merece la pena destacar el extenso e intenso vaciado de prensa periódica que la abundante mención de reseñas circunstanciales permite adivinar.

El resultado es —ya lo adelantábamos— monumental. Cabe plantearse, empero, si una obra de esta envergadura no debería haber aprovechado los recursos tecnológicos actuales para adoptar otro soporte físico menos recio que el del libro tradicional. En todo caso, resulta indiscutible que, de papel y tela, esta obra permanecerá durante muchos decenios en los anaqueles de las bibliotecas, en abierta disposición para enmendar o secundar los asuntos de sus lectores —el Quevedo más amante de los libros nos disculpará la paráfrasis—, algo que hoy por hoy no se puede afirmar con certeza de otros vehículos mucho más tecnificados y mucho menos rotundos. Archiveros, bibliotecarios y demás profesionales del documento conocen muy bien los serios problemas de conservación de datos que acarrearán, más pronto que tarde, los soportes concebidos para la escritura electrónica. Sobre todo ello advertía, hace casi diez años, un ejemplar informe de *La Vanguardia* que convendría

RESEÑA

releer de vez en cuando (6-10-2002, pp. 32-33). En cualquier caso, algo de aliento nostálgico traen inevitablemente consigo estas compilaciones mayúsculas que, todavía publicadas en papel, quizá lleven ya impreso un invisible sello de cabo de raza. Bienvenidas sean pues en este formato, para disfrute de aquel que quiera tocarlas, palparlas, hojearlas despreocupadamente y al azar o por sistema... Tiempo habrá para otro tipo de ediciones. Porque la obra que firma Javier Barreiro es de las que vuelven a pasar por el trajín de las prensas, sea este ruidosa verdad o metáfora silente.